

ANEXO F

LA JUSTICIA Y LA MISERICORDIA DE WALKER...

El caso de Peter A. Yarrington

Al Director del NEW YORK TRIBUNE.

Señor: En el TRIBUNE del 7 de este mes vi una carta del general Walker al Presidente de los Estados Unidos, y en dicha carta se encuentra el siguiente pasaje: "Sé que algunos le han dicho que yo soy un hombre «sin fe y sin piedad», mas desde el principio hasta el fin de mi carrera en Nicaragua yo reto al mundo a que produzca una sola violación de mi palabra, una sola desviación mía de los principios del derecho y la justicia". Ahora bien, Señor, me parece que este hombre en este pasaje intenta dar la idea de que siempre ha sido fiel, no sólo con el público sino también con todos los individuos, y que no solamente siempre ha hecho lo que es justo y correcto, sino que también ha sido muy misericordioso.

Ahora bien, no sea que algunas personas se dejen engañar por las ostentaciones de buena fe, justicia y piedad de este hombre, relataré un caso, al menos, donde creo que el público concordará conmigo en que él es culpable de haber violado todos los principios de buena fe, derecho y justicia, y de haber pisoteado la piedad; y no me cabe duda de que hay otros ejemplos donde ha sido igualmente cruel y quizá más.

El 20 de enero de 1856, mi hijo, Peter A. Yarrington y otros 60 ó 70 jóvenes, se enrolaron en San Francisco, para servir por seis meses en el ejército de Walker. Zarparon inmediatamente hacia Nicaragua, y pronto estuvieron en servicio activo. Poco después de la encarnizada batalla de Rivas del

11 de abril, Peter se enfermó de diarrea que se le hizo crónica, pero continuó cumpliendo sus deberes hasta alrededor del 1 de julio cuando cayó postrado con fiebre que le duró unos veinte días.

Sobrevivió, y a eso del 1 de agosto se había repuesto lo suficiente para cabalgar de Masaya, donde estuvo enfermo, al Cuartel General en Granada. Había estado en casi todas las batallas que se libraron esa primavera y verano, y de toda su compañía sólo seis quedaban vivos además de él. Todos los oficiales habían muerto.

Fue donde el general Walker y le pidió la baja conforme los términos de su enganche. Walker le respondió que nunca había reclutado a ninguna compañía por menos de un año, y le dijo que debía servir seis meses más. ¿Qué iba a hacer? Estaba completamente en poder de Walker, los oficiales de su compañía todos muertos, los papeles todos perdidos o destruidos. Le alegó que el término de su reclutamiento lo había cumplido fielmente, que tenía su salud destruida y su constitución quebrantada; pero todo en vano —este hombre "misericordioso" rehusó darle de baja.

Mi hijo era tipógrafo, y Walker lo mandó a los talleres de EL NICARAGUENSE, excepto cuando había que pelear; entonces lo sacaba. Su salud gradualmente desmejoró hasta noviembre. De nuevo y con frecuencia le pidió su baja a Walker, diciéndole que apenas podía caminar y mantenerse de pie con dificultad, que la diarrea continuaba, que le quedaba poco tiempo de vida, y que estaba sumamente ansioso de ir a morir a su casa; pero este demonio en forma humana le contestó que si no podía continuar en las filas debía ir al hospital.

Mi informante me relató que mi hijo sabía muy bien que si entraba en ese asqueroso lugar llamado hospital, la muerte le llegaría pronto, pues la mayoría del tiempo no había médico, medicina ni atención; por lo tanto, decidió seguir en las filas mientras pudiera caminar y mantenerse de pie. Dicha situación continuó hasta el 22 de noviembre, fecha en que se inició el sitio de Granada.

Mi pobre hijo siguió en su puesto durante todo ese horrible sitio, hasta la noche anterior a que terminara (el 11 de diciembre), cuando de súbito lo atacó el cólera y murió en dos o tres horas. Esta información la obtuve de un sobreviviente del sitio, que lo conocía. Su última carta me la escribió mi hijo el 19 de octubre de 1856, dando los detalles de la terrible carnicería de los aliados en Granada, el 12 y 13 de ese mismo mes.

Las provisiones fueron escasas durante el sitio, y en los últimos cinco o seis días su dieta consistió en nada más que carne de mula y de perro, sin sal; esta dieta le produjo el cólera, que se llevó a gran cantidad de soldados.

El 21 de noviembre le pagué a G. H. Wines & Co. \$50 en monedas en Nueva York, comprometiéndome a entregárselos a mi hijo en Granada por \$5. Ésos también los pagué, y me dieron el recibo por los \$50. No supe más del dinero hasta en marzo del 57, cuando le llegó la siguiente carta a Mr. John J. Phelps, de Wall Street, Nueva York:

Rivas, 23 de enero de 1857.

Señor: Adjunto le devuelvo el recibo de Wines & Co. por \$50, enviado por su padre al difunto Peter A. Yarrington. Yarrington cayó con otros valientes luchando en Granada durante el sitio de esa ciudad por el enemigo en el pasado diciembre. Su familia se consolará con el pensamiento de que murió valientemente en defensa de una de las causas más nobles, la libertad y regeneración de los oprimidos de Centroamérica. Muy respetuosamente suyo,

Ph. R. Thompson, Ayudante General, Ejército Nicaragüense.
Ciudad de Nueva York, Estados Unidos.

Ésta fue la primera noticia que tuve de la muerte de mi hijo. Usted puede ver que esta carta contiene la prueba de que en alguna forma mi dinero había caído en manos de esos piratas. La carta dice que adjuntan el recibo de Wines & Co., lo cual es falso; el recibo no estaba allí. Aquí debo decir que

Mr. Phelps llevó a cabo esta transacción para mí, y que él adjuntó el recibo de Wines & Co. en una carta que le envió a mi hijo con el agente del expreso que llevó el dinero. También me envió a mí un duplicado.

El pasado 11 de agosto vi a Mr. Whitney, uno de la firma de Wines & Co., en las oficinas de Morgan Iron Works, al pie de la calle Nueve, East River, y le solicité devolverme el dinero. Me pidió el recibo; le presenté el duplicado, el cual no aceptó, y rotundamente rehusó reembolsarme el dinero.

Así verá usted que a mi hijo lo detuvo injusta y despiadadamente este monstruo de ojos azul grisáceos, y, además, después de haber fielmente servido el término por el que se enganchó. Asimismo usted verá que mi dinero aparentemente cayó en sus manos. Ahora bien, ¿qué es todo esto sino asesinato y robo? ¿No es un perfecto ultraje el que un hombre como éste haga ostentaciones de justicia y piedad?

D. Yarrington.

Carbondale, Luzerne county, Pennsylvania, 9 de enero de 1858.⁶⁰⁹

